

**ANALES DEL INSTITUTO  
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**  
TOMO XXV



C. S. I. C.  
**1988**  
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
MADRID, 1988

## SUMARIO

	<u>Páginas</u>
<b>ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS</b>	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños .....	9
<b>ESTUDIOS</b>	
<b>Arte</b>	
Las mazas del Concejo Madrileño, por <i>José Manuel Cruz Valdovinos</i> .....	15
Pintura madrileña de Antonio Carnicero, por <i>M.ª Antonia Martínez Ibáñez</i> .....	69
Glorificación de la monarquía por la serie icónica del Palacio nuevo de Madrid, por <i>José M.ª Sanz García</i> .....	73
La Inmaculada Concepción de la Parroquia de Nuestra Señora del Coro, por <i>Gloria Salterain Díez</i> .....	93
Precisiones documentales sobre los retablos barrocos de Algete y Colmenar de Oreja, por <i>Pilar Corella</i> .....	97
El escultor catalán José de Rates Dalmau y la sillería de coro del desaparecido convento madrileño de la Trinidad Calzada, por <i>José Luis Barrio Moya</i> .....	109
<b>Arquitectura</b>	
Tradición y modernidad en la arquitectura de Antonio Palacios Ramilo: La casa del Conde de Bugallal en Madrid, por <i>Virginia Tovar Martín</i> .....	117
Obras en las Casas Reales en torno a Madrid durante el reinado de Felipe III, o cómo conservar el pasado, por <i>Alicia Cámara Muñoz</i> .....	129
<b>Biografía</b>	
Anotaciones para el estudio de don Evaristo San Miguel, por <i>Enrique Pardo Canalís</i> .....	141
Abadologio del Monasterio de San Martín de Madrid (1594-1835), por <i>Ernest Zaragoza Pascual</i> .....	151
<b>Enseñanza</b>	
Carlos III, pionero de las Escuelas de Formación Profesional de la mujer: La Escuela de Listonería del Barrio de las Vistillas de Madrid, por <i>Paloma Pernil Alarcón</i> .....	183
<b>Epigrafía</b>	
Nueva inscripción romana (Monasterio de «El Paulan», Madrid), por <i>Julio Mangas</i> .....	211
Antigua epigrafía madrileña, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .....	215
<b>Fiestas y costumbres</b>	
Fantasmas históricos de una casa de la Calle Mayor, por <i>Francisco Azorín García</i> .....	267
Fernando VII, ganadero de reses bravas, por <i>Francisco López Izquierdo</i> .....	281

	Páginas
<b>Historia</b>	
La vivienda madrileña en los años de la Ilustración, por <i>M.<sup>a</sup> de los Santos García</i>	299
Madrid arrienda las tierras de sus propios 1792-1794, por <i>Antonio Matilla Tascón</i>	311
Los madrileños a la hora de la muerte (según testamentos del año 1650), por <i>Isabelle Pontrín</i>	335
De la Plaza del Arrabal a la Plaza Mayor, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	351
El sistema fiscal de Madrid en el antiguo régimen: Las sisas, por <i>Carlos de la Hoz García</i>	371
Nuevas aportaciones al recibimiento en Madrid de la reina Doña Margarita de Austria (24 de octubre de 1599), por <i>Carmen Cayetano Martín y Pilar Flores Guerrero</i>	387
<b>Jardinería</b>	
Proyectos del siglo XVIII para los Jardines del Palacio de Madrid: Esteban Boute-lou y de Garnier de L'isle, por <i>José Luis Sancho</i>	403
<b>Literatura</b>	
El estreno de «El Santo de la Isidra», por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	437
Pequeñeces ¿Novela madrileña con clave?, por <i>José del Corral</i>	443
<b>Provincia</b>	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo XIV según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	457
Puente nuevo sobre el río Guadarrama en Galapagar, por <i>Anastasio Miguel Cuesta</i>	477
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	483
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	
Raros impresos complutenses del siglo XVI en bibliotecas portuguesas, por <i>Julián Martín Abad</i>	507

## GLORIFICACION DE LA MONARQUIA POR LA SERIE ICONICA DEL PALACIO NUEVO DE MADRID

Por JOSÉ MARIA SANZ GARCÍA

### De las murallas islámicas a la Almudena

Arqueología y fábulas aparte, la historia de Madrid empieza en la Edad Media<sup>1</sup>. Los habitantes de un modesto pueblo con tierras de pan llevar, vega y pastos, pueden contar con unas lomas donde defenderse en caso de guerra. Lo que comenzó como un «hisn» musulmán, torre vigía frente a los cristianos que transponían las Sierras (en algunos documentos se les llama Alpes) siguiendo los ríos que llevan al Tajo (dos «Guadarramas» o ríos de arenas, el de Calatalifa y el de Magerit), pronto sería un «Calab» fortificado y luego se extienden las murallas y se distinguen dos recintos, la Almudena o ciudadela y la Almedina o parte urbana.

Las fuentes arábicas son muy parcas, pero la gloria se la lleva el emir Mohamed a quien se le ha dedicado una doble estela, en castellano y en árabe, frente a las murallas excavadas en el portal de la Alvega. De alguna forma se ha respetado el dictado coránico de no reproducir imágenes humanas. Ramiro II y Alfonso VI son reyes que pugnaron por volver a la Cruz lo que ya dominaba más de tres siglos la Media Luna, pero sus efigies sólo las encontramos en la serie icónica a la que aludiremos en un *totum revolutum*. El Padre Sarmiento no pensó en que cerca de sus elegidos pudieran figurar musulmanes. A los moros los ponía siempre a los pies de los reyes caudillos de la Reconquista.

Hay viejas consejas que hablan de Fernán González poniendo sitio al Madrid caldeo y nada menos que por una Puerta del Sol que no existía, y en Fernández Moratín el héroe es el Cid, que no sabemos si acá estuvo alguna vez, pero que

<sup>1</sup> MONTERO VALLEJO, M., *El Madrid medieval*, Madrid, 1987, y *Jornadas sobre el Madrid de la Edad Media*, marzo de 1988. Facultad de Geografía e Historia Universidad Complutense.



D. P. D. V. 1912



Ramiro I (850), Rey de León



Alfonso II, Rey de León (842)



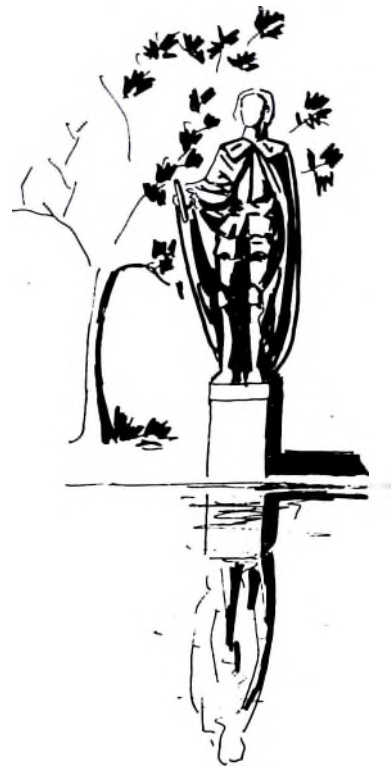
D. Alonso V, Rey de León. S. XI



Doña Sancha, Reina de León. S. XI



D. Fernando I, Rey de Castilla. S. XI



Fernando el Católico

sale muy bien librado en la redondilla, en la que el verso suena compóngase como se componga. «Sobre un caballo alazán, cubierto de gala y oro, demanda licencia ufano, para alancear un toro, un caballero cristiano».

Al otro lado de estas murallas se está levantando la catedral y en ella, entre otros recuerdos bélicos, figura, en una hornacina, la Virgen de la Almudena, que según la tradición, sale al tiempo de la reconquista. Sólo quiero recordar que la Almudena fue la primera estatua que se repuso de las suprimidas en la etapa anterior: noviembre de 1941. Si San Dámaso no era madrileño, sí lo era Isidro, nombre visigótico de un mozárabe del siglo XI. Antes ya debía haber culto a las imágenes cristianas en alguna iglesuela.

### La iconografía real en el Madrid del viejo Alcázar

Algunas imágenes salían a la calle en procesiones y se cruzaban con Calvarios, humilladeros y luces alumbrando a devociones del pueblo. Madrid fue siempre una villa real salvo el periodo en que es feudo de León V, aquel francés que había sido rey de la Armenia de los cruzados. El castillo va cobrando, a medida que los Reyes visitan esta Villa, un aspecto menos guerrero y más de Alcázar. Aunque juegue su inexpugnabilidad cuando las guerras civiles entre la Beltraneja (madrileña y princesa jurada en Madrid) y la reina Isabel, o cuando las Comunidades.

Como curiosidad, aunque no se asienta en bases documentales, lo que dicen algunos historiadores de nuestro callejero sobre la calle de las Fuentes, donde se hallaba la huerta de la reina, que fue regalada por Alfonso VIII a su esposa, doña Leonor de Plantagenet, hermana de Ricardo Corazón de León. En ella hubo ocho caños con los bustos de sus homónimos antecesores. El Concejo ornamentaría algo las fuentes públicas, el rollo o picota símbolo de la justicia y el mercado...

Ni en el remozado viejo Alcázar ni luego en el Palacio del Buen Retiro abundaron los ornatos escultóricos. Pero sí había una buena colección de mármoles de la que se maravillaron los visitantes. Tras el incendio y demolición del primero en 1734 se recuperaron algunas piezas de medio cuerpo y cabezas, que no se detallaron en los partes.

Siendo aún príncipe Felipe II hace obras en el Alcázar que de seguro le atrae. No vamos a lanzar una nueva teoría o hipótesis sobre por qué eligió aquí en 1561 el lugar de la Corte<sup>2</sup>. Nos parece que actuó como jugador de Bolsa, sin

<sup>2</sup> ALVAR EZQUERRA, A., *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*, CSIC, 1985.

decir la jugada y ampliando con buenas adquisiciones, mucho antes de venir (parecía que provisionalmente) el Patrimonio Real. Aquí juntaba la soberanía con la mayor propiedad, y en las riberas del río, que aún se llamaba «río de Madrid», y que fracasó en su intento de bautizarlo como Henarejos. También hubo quien pidió que la Villa adoptase el nombre de «Filipina».

El apartamento del monarca en el Alcázar miraba el jardín de los emperadores, llamado así por las dos series de estatuas que le adornaban. De este jardín salía un pasadizo hacia la Casa de Campo. La tradición de los emperadores veremos cómo se mantiene.

### Otro Real Sitio: el Buen Retiro

Los reyes, cuando venían a Madrid, gustarían de asomarse al río, donde los Trastámara comienzan a disponer de espacios cinegéticos que se amplían más y más hasta llegar a hacer de sus riberas un patrimonio real desde más allá de la Sierra, donde nace, hasta Vaciamadrid, donde muere. Y desde allí, por el Jarama, hasta Aranjuez. Felipe II desde la Torre Dorada del Alcázar veía con su catalejo cómo avanzaba su amado monasterio y también la extensión de sus propiedades.

Con Felipe III Madrid deja de ser corte entre 1601-1606. Su estatua ecuestre de la Casa de Campo es la que luce en la Plaza Mayor. Si ésta ha cambiado muchas veces de nombre también al rey le montaron y descabalgaron varias veces de su pedestal. Con Felipe IV el Alcázar pierde peso político ante el Buen Retiro que ha levantado Olivares. La Villa se expansiona hacia el este y un nuevo eje urbano intenta desplazar al anterior. Todo nació ante una barranquera, cañada con fuentes y un exiguo prado.

¿Pudo sustituir este Palacio al del Alcázar? La verdad es que cuando éste se incendia alguien lo pensó, pero se replica con el Ave Fenix que renace en el mismo sitio y con mejor plumaje. Y el Buen Retiro empieza a perder puntos<sup>3</sup>. Pero la de Atocha seguirá siendo la patrona de los Reyes como la Almudena lo es de la Villa. Felipe II ya se aficionó a los jerónimos y al «cuarto real», refugio cuando los lutos y la cuaresma. A medida que se va frecuentando surgirá la idea de un palacio como una segunda residencia lúdica, anulando a la que pudo montarse en la Casa de Campo. ¿Por qué? Se nos ocurre que porque es terreno más sano y alejado, y nos encontramos ya una monarquía del barroco que se va

<sup>3</sup> Prácticamente todos los madrileñistas hemos escrito sobre el Retiro. Reduzcámonos, aunque todo lo centren en la figura del conde duque de Olivares, a BROWN, J., y ELLIOT, J. H., *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la Corte de Felipe IV*. BOTTINEAU, Y., *El arte cortesano en la España de Felipe V. 1700-1746*, Madrid, 1986.

a vivir, temporalmente al menos, donde se encuentran los más altos cortesanos y contiguo a varios centros religiosos vinculados a la Corona. El monarca posee las riberas del río, también dominará la Villa «*a solis ortu usque ad occasum*». El Alcázar y el Buen Retiro fueron largo tiempo un «no man's land» para el urbanismo.

Hablemos algo de sus estatuas. El «Carlos V con el furor encadenado a sus pies» de Leoni, hizo un largo recorrido desde Milán a Bruselas y Aranjuez y a los jardines del Buen Retiro en 1631. Tiene la particularidad de que, desmontada la armadura, queda el César desnudo, como un héroe a la antigua. José Bonaparte quiso en 1812 que rematara una fuente en la plaza de Santa Ana. Los liberales en 1822 creyeron que con las cadenas se celebraba la victoria sobre los comuneros y pensaron derribarla. Volvió al Buen Retiro y luego pasó ya definitivamente al Museo del Prado, del que es una joya. Mesonero y los ediles la solicitaron, sin éxito, de Isabel II para ornamentar la plaza de la Villa. Tiene réplicas en el Palacio Real y en Toledo <sup>4</sup>.

En otros lotes figuran nuevos envíos de bustos de Carlos y de su hijo Felipe y de una estatua a tamaño natural de la emperatriz Isabel. Sobre la base del Leoni dedicado a Felipe II, que estuvo en el jardín de San Pablo y que pasó al Prado, se hizo el que aparece de espaldas al Manzanares y entre Palacio y la catedral. También encontraríamos recuerdos de la reina María de Hungría...

El 2 de mayo de 1634 Olivares solicita al Gran Duque de Toscana que obsequie al rey con una estatua ecuestre de Felipe IV, sobre modelo de un cuadro de Rubens y que realizaría también el mismo Tacca que había ejecutado la de Felipe III, en 1616, que figuró en la Casa de Campo. Veintiún meses duró el traslado desde Florencia a Cartagena, dicen que por falta de liquidez de la Corona. Y hubo que remodelar la cara por su falta de parecido con el original. Por fin se erigió la estatua el 29 de octubre de 1642, en el Jardín de la Reina, donde estuvo hasta 1844.

Carlos III vivió en el Buen Retiro los primeros cinco años de su reinado. Trasladado al Palacio Nuevo no olvida al primero, en cuyas inmediaciones aparecen una fábrica de porcelanas, el Observatorio Astronómico, el Botánico y hasta la Puerta de Alcalá. Harto conocido es el triste destino que tuvo el Retiro durante la francesada. Tardó años en reponerse. Fernando VII se limita a mejorar el ajardinado y a entregar todo el parque al uso público. En sus cercanías se conmemora, en un Obelisco, a las víctimas del Dos de Mayo de 1808. Y ahora, con una lápida de Juan Carlos, es como la tumba de nuestro soldado desconocido.

<sup>4</sup> ESPADAS BURGOS, M., *Vicisitudes políticas de una estatua: el Carlos V de León Leoni*, AIEM, 1973, págs. 503-509.

## En el Parque de Madrid y ante el Museo del Ejército

Cuando aún era sitio real aquí se decidió poner un buen lote de las estatuas imaginadas para el Palacio Nuevo, cuyas vicisitudes resumiremos luego. Ha habido varios cambios desde que se ordenaron en 1848<sup>5</sup> y pasa al dominio municipal en 1868. Anotemos las que subsisten, con las fechas que en pedestal nos dicen el año de la muerte del soberano.

Al fondo del Parterre, se alinean como en un decorado del Tenorio, y a los lados de Jacinto Benavente, Sancho IV el Bravo (1295) y Enrique II, el de las Mercedes (1379). Los pedestales vacíos soportaron a Ervigio y Teodoro.

En el Paseo de la Argentina, de las 12 estatuas iniciales quedan seis. Entrando por la Puerta de España iremos viendo, enfrentadas, a Fernando IV el emplazado (1312), cuya cabeza parece que se escapa del cuello, y en relieve, en el escudo, el retrato de su esposa, y Gundamaro (612) defensor de la ortodoxia católica frente al arrianismo. Sobre pedestales hoy vacíos estuvieron Alarico II y el emperador Carlos. Un conde de Castilla, García Sánchez I (913) usa el título de Don. En la otra mano, Carlos el hechizado (1700), en quien se acusa el mentón de su linaje. Frente a otro pedestal vacío, del que se quitó a Recaredo II, está Chintila (658), anciano que subió al trono a los ochenta y seis años: escudo con esposa. Las estatuas y pedestales de Felipe V y María Luisa se han suprimido (pasaron a Palacio). También estuvieron antes de pasar a Hernani, Felipe III y D. Fruela.

En la Puerta de Hernani de 12 quedan cinco. Podemos dar la vuelta a la fuente central y, empezando por la izquierda, nos aparecen: Berenguela (1246), madre de un rey santo, y dos peanas vacías sobre las que se encaramaron Alfonso IX de León (1230) y Sancho Ramírez (1094). Sobre otras igualmente desmanteladas estuvieron, según rezan las inscripciones, Juan I (1390) y Fruela II (924). Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona (1162), casado con la reina Petronila de Aragón, cierra el primer cuarto de la semielipse.

Pasando al otro lado nos iremos encontrando con Alfonso I el Batallador (1134), con cabeza de moro a sus pies, y dos pedestales vacíos que correspondieron a Felipe III (1621) y Alfonso XI (1350). Tras la estatua de Sancho IV el Bravo (1295), doble de la del Parterre, el pedestal vacío de Alfonso VII el emperador (1157) y doña Urraca (1126) de Castilla y León. En la tarja y de cuerpo entero

<sup>5</sup> Inventario General Retiro. Año 1848. Archivo Palacio, 773. El Parterre fue restaurado a partir de 1841, por el tutor de S. M. Agustín Argüelles y el intendente de palacio Martín de los Heros, cuya actuación también veremos en la Plaza de Oriente.

el retrato de su primer marido, don Ramón de Borgoña. El segundo, el citado Alfonso I de Aragón, la repudió por liviana.

El Museo del Ejército formó parte de las casonas del Buen Retiro. Por ello aún mantiene a los lados de su compás de entrada seis estatuas de la serie que venimos anotando. Como no llevan inscripciones, sólo por sus detalles o mediante eliminaciones se las puede identificar. Ya figuran en el inventario de 1848. Hay una de rey visigodo con casco y otra descubierta, como las que esperaban (nunca se les puso) una corona metálica; a sus pies cabeza de rey moro. La del toisón, con porte velazqueño, corresponde a Felipe IV, y lleva en su escudo la imagen de Mariana de Austria. Otra estatua, la de Luis I, con peluca afrancesada y rostro juvenil, planta el pie sobre blando almohadón y lleva sobre el pecho la banda de Sancti Spiritus. La quinta dispone de morrión con cimera, y la sexta, arrinconada, es de las de casco.

### **Las ideas del Padre Sarmiento**

Ahogábase el primer Borbón, que venía de Francia, en un vetusto Alcázar mil veces remodelado y repleto de obras de arte, pero sin el «confort» y la pompa de los Versalles de su abuelo. Además, rodeado de un pobre y monótono caserío. En el Buen Retiro estaba cuando se quemó el anterior, el día de Navidad de 1734. Alguien creyó que era un incendio providencial para hacer otro palacio mejor. Ante una escenografía teatral, junta un lienzo de los Van Loo, en 1743, a la familia de Felipe V. Padres, hijos, nueras, cuñadas. Borbones de París, de España, de Dos Sicilias. Todos con el mismo perfil y cabezas enmerengadas. Como los Ptolomeo, jugaban a casarse entre sí y a sumar coronas. A Felipe se le han discutido sus derechos y quiere mostrar la legitimidad de su herencia. Pondrá en el nuevo Palacio siglos de antepasados que gozaron de un mismo feudo y lo hicieron más grande.

Isabel de Farnesio, la segunda esposa de Felipe V, impondrá sus caprichos políticos y sus gustos artísticos, pero luego sufre cuando tiene que refugiarse en La Granja dando paso a su hijastro y a su nuerastra. Ya se vengará.

El proyecto del abate Felipe de Juvara (m. 1736) era más ambicioso que el realizado. Su discípulo Sacchetti (1690-1754) reduce superficie y dobla altura. El propio monarca decide que el emplazamiento sea el mismo que el anterior Alcázar desdeñando otros proyectos de lugares más amplios en los Altos de San Bernardino, por el hoy templo de Debod. Se mantiene la tradición, algo consustancial con la idea de la monarquía hereditaria. La línea del Manzanares seguirá rigiendo desde El Pardo, la Zarzuela, la Moncloa...

No podemos entretenernos a describir el Palacio que ha sido objeto de buenos estudios<sup>6</sup>. Tanto el proyecto de Juvara como el de Sacchetti eran pródigos en estatuas a poner sobre la balaustrada. España en tiempos de Fernando VI disfrutó de paz y de las fuertes rentas de Indias. Y así se pudo soñar toda la escultura necesaria sobre la arquitectura abarrocada. Después de varios intentos, que se juzgaron muy convencionales, quedó encargado, en 1743, de concretar todo el mundo de estatuas que ornamentarían el edificio un erudito benedictino, el Padre Martín Sarmiento<sup>7</sup>, psicópata de muy agrio carácter y larga vida (1695-1772). Su obsesión docente y metafórica, muy propia de la época, se declara en sus informes:

«Y habiendo sido un singular intento el que no sólo los medianamente literatos, sino también cualquier rústico, aunque no sepa leer, como vea los bultos, pueda discernir las filiaciones de la serie y conocer cuando se juntaron coronas, cuando la corona recayó en hembra, etc. por la sola inspección del escudo o no escudo, a la izquierda o a la derecha, o unido a la estatua o algo separada.»

Siempre ha sido grato a quienes asientan sus privilegios en el *jus sanguinis* el poder mostrar una galería de pasados ilustres. Maxime a un monarca que se considera justificado *gratia Dei* a lo largo de siglos. ¿Hubo alguna serie icónica, retratos de la familia o estatuaria en el viejo Alcázar incendiado? Elías Tormo<sup>8</sup> hizo un estudio de las colecciones que se juntaron en otros alcázares como el de Segovia. Felipe IV dispuso de varias iconotecas. En el Patio de los Reyes escorialense los representados son bíblicos. Los bultos de Carlos y de Felipe con sus mujeres están dentro de la Iglesia.

Nuestro buen benedictino concibe su larga serie como una pedagogía monárquica, como un árbol genealógico en el que había muestras de godos, suevos, castellanos, leoneses, navarros, catalanes, de la corona de Aragón, portugueses, Austrias y Borbones. Como esto le parecía poco propuso como bustos también a los dioses de la antigüedad ibérica (Hércules tiriogaditano, Osiris, Netón y Endovelico) y fantásticos régulos como Habides, Gárgoris, Argantonio y Gerión. Y los cuatro emperadores hispanorromanos. Con otros adornos llega a precisar 134. Se conserva el pliego detalladísimo, de 1749, con los nombres de los a

<sup>6</sup> Destaquemos el de PLAZA SANTIAGO, F. J. de la, publicado por la Universidad de Valladolid como obra fundamental, *El Palacio Nuevo de Madrid*, 1975. CEPEDA DE ADÁN, J., en el *Madrid de Felipe V*, recoge en un apéndice un largo relato contemporáneo del incendio del Alcázar.

<sup>7</sup> *Diccionario de Historia eclesiástica de España*, CSIC, tomo III, 1975, y VARÓN VALLEJO, E., «Los proyectos del P. Sarmiento sobre la decoración escultórica del Real Palacio Nuevo de Madrid y estatuas de la balaustrada exterior», *Rev. Arch. Bibl. Museos*, 1931, págs. 101-119.

<sup>8</sup> TORMO, E., *Las viejas series icónicas de los Reyes de España*, Madrid, 1916. Curiosísima interpretación hecha con pocos medios pero liosa.

representar e instrucciones para darles forma <sup>9</sup>. Da consejos a los escultores sobre el vestuario, alhajas, armas o cetro, y hasta la expresión del rostro, apoyándose en perfiles numismáticos. En alguna dice: «Si ay (así) comodidad, a los pies, una cabeza de moro». No se aprovechó para nada de las series moras que hay en la Alhambra. Sólo pretendía mostrar al pueblo el origen carismático de los monarcas reinantes.

### La larga serie icónica de Palacio

Mucho tuvo que ingeniarse el Padre Sarmiento para que no resultara monótona una tan larga serie, todas las figuras de pie y al mismo tamaño. Se labraron en uno o dos bloques de piedra de Colmenar de Oreja. Descansan, las que están en la calle, sobre pedestal granítico que luce, si no se le ha arrancado, una corona de laurel. Los reyes van a pelo, salvo los visigodos desde Leovigildo, y el azteca y el inca. Quería aumentar el contraste metiendo elementos de bronce dorado, pero no se remató esta idea. Quienes destacaron por sus hábitos guerreros gozan de espada y capa más o menos arrebozada. Los hay barbudos y lampiños. Las fechas que figuran como de reinado no coinciden siempre con las que les adjudica la moderna cronología histórica.

Obra en serie encargada a Olivieri y Castro que mandaron a muchos discípulos. La adjudicación es difícil de seguir por que ni corresponden siempre los nombres que se asignan a las estatuas ni sus autores se plegaron siempre a las instrucciones. Hay monarcas repetidos que difieren. Ponz no quiso insistir sobre las atribuciones porque consideraba malo el conjunto y para dar poca gloria a quienes las labraron. Luego elegirá ocho de las mejores con destino a Toledo y a petición del cardenal Lorenzana. Se pagaron a 11.000 reales la pieza y hubo disgustos <sup>10</sup>. Sólo tienen valor de retrato para los últimos Austrias y Borbones. Hasta la adjudicación de los Reyes Católicos, que hay en los jardines de Sabatini, se discute.

Cuando por decisión de Carlos III, hijo de la segunda mujer de Felipe V, se apearon las que ya estaban en la balaustrada, guardáronse en las covachuelas o

<sup>9</sup> Tanto sus datos para la colocación de las estatuas como dibujos de cómo se las imaginaba para orientar a los escultores se han reproducido en *Plaza* y en la *Rev. Reales Sitios*, núms. 31, 34, 44, 55, 85, etc., por JUNQUERA, Paulina; ANDRADE, R.; MORTERERO, C.; MELENDRERAS, S. G. P. y crónicas.

<sup>10</sup> SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., «Escultura y pintura del siglo XVIII», en *Ars Hispaniae*, Madrid, 1965. No hace capítulo especial, sino que estudia las obras conforme habla de los escultores. Trata del Padre Sarmiento, F. de Castro, etc. en *Opúsculos gallegos sobre Bellas Artes de los siglos XVII y XVIII*, Santiago, 1955.

esparcidas por el Campo de Moro. Se pusieron en gran número luego en los Sitios Reales madrileños y ya veremos cómo muchas salieron de la Corte. El conde de Casal escribió que «al advenimiento de la República burguesa se derribaron las estatuas de los godos y se respetaron las de los Borbones. Ignoro la causa»<sup>11</sup>. Más de una foto podría presentarse de aquellos días en que al apearse brutalmente las estatuas de los Felipes se coronaban con gorro frigio las de muchos de sus antepasados. Hoy hemos visto cómo siguen pintarrajeadas algunas de la Plaza de Oriente y con botellas de vidrio por cetro.

En varias ocasiones han tenido que ser objeto de restauraciones. Y hay expedientes en el Archivo de Palacio y en el Municipal, según los casos. Pérez Comendador decía en una carta<sup>12</sup>: «si no son obras maestras, tienen una gracia y algunas una dignidad nada frecuente entre las que posteriormente han ido poblando las plazas y paseos de Madrid. Sobre todo, si pensamos en que fueron labradas para lugar muy distinto al que hoy ocupan, ganan aún por su movido y airoso arabesco y por su concepto monumental».

Destináronse las estatuas de plinto cuadrado como siluetas de la cornisa superior donde hay 94 pedestales. Las de base redonda irían a nivel de la planta principal y sobre los basamentos de las esquinas: serían 14. Los reyes de España suman 90; los antiquísimos, cuatro. Los reyes presentes, dos, y los reyes padres de los monarcas reinantes, otro par. Nuestros dioses antiguos, cuatro. Otros tantos escudos reales y adornos de pirámides. Adornos de bolas, 10, y adornos internos de jarrones que ocuparán las estatuas de los reyes futuros, 14. En total, los 134 a que ya hemos aludido.

### **El terremoto de 1755 y el descenso de las estatuas en 1760 y su diáspora**

Olaechea<sup>13</sup> recuerda que Isabel de Farnesio, ya muy entrada en años y en manías, residía en San Ildefonso de la Granja, en 1755, donde le sorprende el eco del terremoto de Lisboa, cuando estaba oyendo misa. No hubo víctimas pero sí mucho miedo. Rápidamente escribió al rey Fernando VI preguntándole si en El Escorial han tenido noticia del terremoto y le explica el susto pasado, y

<sup>11</sup> ESCRIBA DE ROMANI (Conde de Casal), *Informe sobre la escultura pública en Madrid*, 1941. Es un repaso de cómo quedó tras la guerra.

<sup>12</sup> A. V. 13-351-21. La fecha, 18 de diciembre de 1941.

<sup>13</sup> OLAECHEA LABAYEN, Juan B., *Madrid y sus terremotos. La sismicidad de la capital de España y de su región con referencia especial al terremoto de 1755*. Ayuntam. e I. E. M., 1980. Incluye unas declaraciones en el Apéndice documental, de los efectos comprobados por los alarifes en varios templos y edificios madrileños.

que ordenó revisar la fábrica de palacio por si el fenómeno se repetía. El rey se volvió inmediatamente al Buen Retiro pero pernoctando al aire libre, en una tienda de campaña. La correspondencia cruzada dicen que está llena de afecto y cariño. ¿Podemos aceptar como auténtico el sueño o el recelo de Isabel, un quinquenio más tarde, de que se derrumbaran las estatuas del Nuevo Palacio y sobre los reyes, sus hijos?

Fernando VI muere sin sucesión el 10 de agosto de 1759 y se proclama solemnemente a Carlos III, su hermanastro, a la sazón rey de Nápoles. Hasta su llegada, y conforme a lo que disponía el testamento del difunto, se hace cargo de la regencia Isabel de Farnesio (m. 1766), que se viene desde La Granja al Buen Retiro. Dura su regencia hasta el 9 de diciembre de 1759 en que Carlos III llega a Madrid. La primera orden sobre desmonte de las estatuas puestas en el Nuevo Palacio la da el monarca el 8 de febrero de 1760, cuando llevaba apenas dos meses reinando y aún tardaría cinco meses en hacer la entrada solemne. En oficio del día 28 insiste en que «continuándose la providencia de bajar las estatuas, se hace preciso borrar las inscripciones de sus bases» y eso que estaban abiertas a puntero y dadas de negro de humo.

Muchas explicaciones se han dado para tan rara y costosa decisión. El nuevo rey venía de descubrir unas ciudades romanas bajo las lavas de un volcán. Pero tanto él como su esposa, María Amalia de Sajonia (m. 21 septiembre de 1760), conocían palacios con profusión de estatuaria. ¿Creyó en el sueño de su madre que convenció además del peligro a los técnicos? Para Tormo bien pudo tramar toda una farsa movida del orgullo que nos llevó a medio siglo de guerras buscando tronos para sus hijos y esposas infecundas para sus hijastros. ¿Problema de mujeres? Isabel llamaba a Bárbara su «nueastra» y sentía que en la parte alta apareciesen dos reyes de Portugal, uno de ellos habiendo luchado en bando opuesto a los Borbones. Y la otra mujer a figurar en la fachada mayor era la primera esposa de su marido, una Saboya, de un linaje italiano superior al suyo. Por otra parte, la Sajonia habla de Isabel Farnesio, en sus cartas a Tanucci, con cierto desdén diciendo que cuanto se decía del talento de la reina madre no era cierto, porque sólo hay apariencia y fachada, pero nada en el fondo <sup>14</sup>.

También Carlos siente a veces la amargura de quienes le calumniaban dudando de su origen y haciéndole hijo adulterino y sacrílego. Quiere quitar a unos, de cara a la posteridad, y quita a todos. Sin embargo vuelve a la tradición filipina, olvidada por Fernando VI, de los enterramientos en El Escorial. Chue-

<sup>14</sup> BALLESTEROS BERETTA, A., *Historia de España...*, tomo V, 1929, pág. 153.

ca <sup>15</sup> medita sobre todas las razones que pudieron decidir a Carlos para su arbitraria decisión y se decide por creer que obedece a un cambio de gustos, más purismo, ya en la línea neoclásica. Carlos encontraba el Palacio pequeño y recargado. Sacchetti fue depuesto enseguida.

Arrinconadas fueron las estatuas depuestas en las bóvedas de Palacio o esparcidas por el Campo del Moro. Hemos aludido a Ponz que en 1787 elige las ocho estatuas que el rey regala a Toledo. Con Isabel II hubo una gran movida. Hoy en Madrid además de en Palacio hay estatuas de la serie en las puertas, paseos y parterre del Retiro, en el Museo del Ejército, en la plaza de Oriente y en los jardines de Sabatini. Una de Fernando VI pasó al Real Sitio de San Fernando de Henares, y hay otra ante las Salesas, y, con su mujer, en el Puente de San Fernando. Han figurado temporalmente en la glorieta de las Pirámides y en el Ministerio del Aire. Fuera de la capital se reparten más ejemplares en el Paular (Juan I, fundador del monasterio), Toledo, Logroño (seis, destruidas en 1931), Burgos (Espolón), Vitoria, donde se encuentra el gran Ataulfo que iniciaría la serie; Pamplona (paseo de Sarasate), y Ronda, adonde fueron a parar los Reyes Católicos. Como hay personajes hasta tres veces representados y se rompieron ejemplares en traslados o por gamberrismo, es difícil hacer el recuento, y puede que haya más o que sean copias algunas citadas.

En el Patrimonio sólo quedaron ocho, cuatro en el puente del Tajo en Aranjuez y cuatro en el Campo del Moro. Para la última reforma se solicitaron al Ayuntamiento madrileño las que donara gentilmente Isabel II para el Puente de Toledo, que nosotros hemos conocido en la lonja del entonces Ministerio del Aire. El original de la de San Millán de la Cogolla, que iba a completar las repuestas, se encontraba en el Espolón burgalés; como no se consiguió, se hizo una copia. Allí también se encuentra la de Fernán González, que no se pudo colocar por haber desaparecido el punto de instalación.

### **En la Plaza de Oriente y en los Jardines de Sabatini**

Alzado sobre un talud frente a un río de estrecha vega, el Alcázar y el Palacio que le sucedió estaba cercado de casas por el lado opuesto. José Bonaparte derribó varias manzanas de conventos, la Biblioteca, el jardín de la Priora y 56 viviendas vulgares para dar paso a una de sus «plazuelas», que queda al lado de la Puerta de Oriente, que tomará este nombre y acabará denominando viciosamente a un palacio que está a occidente.

<sup>15</sup> CHUECA GOITIA, F., «Madrid y los sitios reales», dentro de la obra *Madrid y los Borbones en el siglo XVIII*, 1984. Abundante bibliografía.

Luego de varios intentos de urbanización en tiempos de Fernando VII se decidió la reedificación de la glorieta elíptica siendo tutor de Isabel II el divino Argüelles, y Martín de los Heros intendente de Palacio. Los autores de las más conocidas guías se han armado auténticos líos porque en su mayoría prescinden de los ordinales y del reino, a la hora de decirnos cuántas estatuas se pusieron y sus nombres. Todo un capítulo haría falta para contrastar el arrastre de errores y omisiones que fueron cometiendo Ponz, Cean Bermúdez, Mesonero, Madoz, Monlau, Rufo, Fernández de los Ríos, Jorroto, Rincón Lazcano, Serrano Fatigati, Répide, Tormo, Baztán, Montero Alonso..., fiándose los unos de los otros, aunque en muchos se debe alabar una buena voluntad. Gracias a posteriores estudios, sobre todo al intentar la última instalación, se puede decir algo más serio, pero nos consta personalmente la dificultad <sup>16</sup>.

Hasta 1943 había 40 estatuas en la Plaza, de las 44 primitivas, que se redujeron a la mitad al pasar ocho a los jardines de Sabatini, diez a la Puerta de Hernani en el Retiro y quedando un par, Teodorico y Petronila, totalmente deshechas. Ahora forman grupos de dos separados entre sí por medio de bancos.

Si empezamos por la calle de Bailén y el extremo sur, y seguimos hacia el este, en sentido contrario a como corren las manecillas de un reloj, daremos la vuelta a la estatua central de Felipe IV. El nombre puesto en la base no siempre corresponde a la estatua proyectada. Guardan un orden cronológico. Las fechas corresponden al año final de cada reinado. Comenzamos por Ataulfo (415), aunque el de Felipe Castro debe ser el que está en Vitoria; Eurico (484); Leovigildo (585); Suintila (633); Wamba (680); Pelayo (737); Alonso I (757); Iñigo Arista (770); Alfonso II (842); Ramiro I de Castilla (850).

Ya en el lado norte, y siguiendo la marcha de este a oeste, nos van surgiendo: Ordoño I (886); Wifredo el Belloso (898); Alfonso III (912); Ordoño II (923); Ramiro II (950, el rey que ocupó transitoriamente Madrid); Fernán González (970); Alfonso V (1027); Ramiro I de Aragón (1065); Fernando I (1065), y doña Sancha (1065). Un buen observador distinguirá detalles, pues el primero citado enlazaba, a través de su esposa, Gala Placidia, con los emperadores romanos. Eurico es de los «repes». Leovigildo era el primero con derecho a corona y cetro, según el Padre Sarmiento. Suintila, otro «repe», es de los que lleva un busto femenino en el escudo. A Wamba se le pedía con la cabeza rapada para justificar su deposición. Pelayo debía llevar una espada más ancha...

Actitud más pictórica que escultórica, expresión típica del barroco, es la de

<sup>16</sup> *Enciclopedia de Madrid*, tomo 1.º, 1988. Estatuas (SANZ GARCIA, J. M.ª); Lápidas (CORELLA, P.); Fuentes (CAYETANO, C.), y Cementerios (CORRAL, J. del). Ed. Giner.

Felipe IV, al viento la capa de fino calado y sobre caballo en difícil equilibrio. Necesaria fue la contribución de un lienzo de Velázquez y un busto de Martínez Montañés, y que diera Galileo las fórmulas de peso y huecos, para que pudiera realizarse la elegante corveta por Pietro Tacca. Son macizos los remos posteriores y la cola del bruto. La duquesa de Toscana corrió con los gastos. En los bajorrelieves costeros S. M. protege a las artes y a las letras, y condecora con el hábito de Santiago a Velázquez. Isabel II la cedió en 1843. Aluden a su anterior destino como fuente de riego de los jardinillos inmediatos, dos figuras de ancianos desnudos, símbolos del Jarama y Manzanares. Posteriormente se añadieron carátulas, trofeos, leones... Este grupo ecuestre procede del Buen Retiro y fue encargado en 1632. El valido Valenzuela le izó sobre monumental puerta de acceso al Alcázar en 1673. Y en 1677 don Juan José de Austria le volvió al Retiro. Rincón Lazcano, que se confunde con los traslados <sup>17</sup>, recuerda lo que decían los pasquines de la época:

«-¿A qué vino el señor don Juan?- A bajar el caballo y subir el pan», y recoge la ingenua fábula de Juan Eugenio de Hartzenbusch, cuando ya figuraba donde ahora: «Niños que de seis a once/ Tarde y noche alegremente/ Jugais en torno a la fuente/ Del gran caballo de bronce/ Que hay en la plaza de Oriente...». No es precisamente el Pushkin que cantó a Pedro III en la maravilla ecuestre de Falconet en San Petersburgo <sup>18</sup>. Tampoco estuvo acertado Castelar, quien juzga como groserísimas a las 40 estatuas reales que a la sazón le rodeaban. Pese a ser la mejor muestra callejera de nuestra Villa, se derribó en abril de 1931. Al repararse, la restauró Juan Cristóbal.

Ocupan los jardines de Sabatini el espacio de las antiguas caballerizas. Se proyectaron en tiempos de la segunda república por el arquitecto F. García Mercadal. Allí, rodeando un estanque con surtidores, que a menudo no funcionan, veremos ocho estatuas de la serie. Fernando III el Santo (1252); Isabel la Católica (1504); Fernando V (1516); Felipe II (1598); Alfonso VI (1109), en cuyo reinado Madrid se incorpora a Castilla; Alfonso VIII (1214), el de las Navas; Jaime I (1276), y Alfonso X El Sabio (1284). Plaza cree que las estatuas verdaderas de los reyes católicos se enviaron para adorno de un puente de Ronda, y que las que apuntamos responderían a Juana La Loca y Felipe El Hermoso que no aparecen en otro sitio. Pero tampoco este autor, pese a su trabajado estudio, cree que sus adjudicaciones sean definitivas.

<sup>17</sup> RINCÓN LAZCANO, J., *Historia de los monumentos de la villa de Madrid*, 1909.

<sup>18</sup> SANZ GARCÍA, J. M.<sup>a</sup>, «Leningrado, paralelo 60», *Anales de Geografía en la Universidad Complutense*, 1982.

## Recuperando la imagen del Palacio Nuevo

Acabada la guerra, en la que el Palacio estuvo en primera línea de fuego, y tras la restauración de los daños, se quiso devolverle su vieja prestancia escultórica.

Comencemos por la fachada sur en la plaza de la Armería, lado político de Palacio o la España triunfante. En su ático una esfera de reloj mecánico y el Sol recorriendo el Zodíaco, alusión a los dos hemisferios de un Imperio que abrazaba el orto y el ocaso. Encima del frontispicio, un escudo de armas y un juego de campanas. Debajo, entre columnas jónicas, un medallón con una matrona y un anciano que personifica al río Tajo, y más signos del firmamento. El balcón principal debió ser sostenido no por las columnas dóricas actuales, sino por ménsulas, y debajo se pusieron las estatuas de emperadores hispanorromanos (de Castro y Olivieri) relegadas ahora a un patio.

En la parte superior presiden todos los espectáculos, de cara a la catedral, dos parejas reales, Felipe V y María Luisa de Saboya (su primera esposa), que iniciaron las obras del Palacio Nuevo, y Fernando VI (obra moderna) con Bárbara de Braganza quienes las terminaron prácticamente. Se recuperaron de los Ayuntamientos de Madrid y Pamplona. Hay pedestales con adjudicaciones bien visibles pero sin imagen del representado. En el resto de la balaustrada, jarrones con flores.

Hace quince años se pusieron también flanqueando la puerta las estatuas de Atahualpa, emperador del Perú, obra del escultor Domingo Martínez, y la de Moctezuma de México, labrada por José Pascual Mena<sup>19</sup>. Fueron traídas de un grupo de cuatro que se exhibían en Aranjuez. Recordamos que tanto el inca como el azteca fueron ajusticiados. Pero Carlos I, preocupado por la santidad del derecho divino de los reyes (recuérdese su conducta con Francisco I de Francia), desaprobó tanto la conducta de Cortés como la de Pizarro. En el Museo Municipal de Madrid hay una bella estampa de los reyes incas en que aparecen Manco Capac como fundador de una dinastía, Atahualpa como XIV y nuestro César como su XV emperador; continúa la serie con los siguientes Austrias y Borbones hasta Fernando VI que ocupa el puesto XXII.

Ante la Puerta del Príncipe, de cara a la Plaza de Oriente, y en la planta superior, al lado de un escudo de armas, las estatuas de Viterico (610), Liuva II

<sup>19</sup> SANZ GARCÍA, J. M.<sup>a</sup>, *Estatuas y lápidas. Mármoles y bronce callejeros en la Hispanidad madrileña*, Ayuntamiento de Madrid e I. E. M., 1987. EZQUERRA, R., «Rincones americanistas: Moctezuma y Atahualpa en los jardines de Aranjuez», *Revista de Indias*, enero-junio, 1948. Con curiosas noticias.

(603), Recaredo (621) y Leovigildo (586), con otra serie de ocho jarrones floreados por banda. En la misma fachada, en la Torre del Príncipe, Sancho Ramírez de Aragón (1094) y Alfonso XI (1350) custodian el busto de Habides; y en la Torre de la Princesa, el busto de Gárgoris, y a sus lados, Juan I de Castilla (1390) y Felipe III (1621).

En la fachada norte, con cinco intercolumnios, lucen, entre flamígeros, las aspas de San Andrés y la imagen de Gedeón, por sus relaciones con el vellocino de oro. Este juez de Israel venció a los medianitas con sólo 300 hombres intrépidos, pues el Señor le ordenó licenciar a todos los tímidos y ansiosos. El Padre Sarmiento quería poner en el centro de la fachada a la Inmaculada contra las pretensiones del rey y de la reina a favor de la Virgen del Pilar. En el medallón, el Cordero místico sobre el libro de los siete sellos, con el triunfo de la Iglesia. Observemos que la cúpula del Palacio está detrás.

La fachada del Campo del Moro es la más sobria en decoración, pero la que impone más por su arquitectura y con la perspectiva de sus jardines y fuentes escultóricas. En su planta principal, de derecha a izquierda, vemos dos estatuas de reyes de Galicia, Teodomiro (570) y Reccario (496), y las dos de portugueses, Juan V (1750) y Alfonso Enriquez (1185), ésta, esquinera.

En la fachada norte, Jaime I de Aragón (1276) y Ramiro II el monje, del mismo reino (1133) flanquean a los copatronos de España, Santiago (44) y San Millán de la Cogolla (574). Esquinera es la de Sancho el Fuerte de Navarra (1234), a la que siguen Sancho el Mayor, navarro también (1035), y García Fernández, conde Castilla (895). La decimocuarta, que cerraría el giro, no se ha repuesto ya que desapareció el punto de instalación de Fernán González (era el elegido) al ampliar Sabatini el edificio con el cuerpo más bajo que separa la plaza de la Armería de la calle de Bailén, y donde estuvieron las habitaciones privadas de Alfonso XIII.

Las ya aludidas estatuas de los que creía el Padre Sarmiento emperadores hispanorromanos, Arcadio, Honorio, Trajano y Teodosio, se nos refugiaron en el patio interno. Se pretendía retroceder nuestras genealogías reales lo más posible. Seis años estuvieron en la fachada haciendo la guardia al balcón que sostenían unas ménsulas, pero luego escaparon al encarcelamiento en los sótanos cuando el descabezamiento ordenado por Carlos III.

Este rey, que desmontó a los otros, se subió a muchos pedestales y se inscribió en muchas lápidas. En la escalera de Palacio aparece con indumento de emperador en mármol blanco, por obra de Pedro Michel. En los jardines de Sabatini hay un bronce suyo debido a Adsuara <sup>20</sup>.

Entre la plaza de la Armería y la catedral, y de espaldas al río, puso en 1962 Felipe Coullaut Valera una reproducción al doble tamaño del León Leoni que se

conserva en el Prado y al que citamos en el Buen Retiro. Se decidió el Ayuntamiento a instancias de unos periodistas que, aprovechando el cuarto centenario de la capitalidad (mejor sería decir corte), recalcan el olvido en que se tenía al monarca Felipe II que fijó su puesto de mando. Descubierta, viste a la romana, con armadura muy decorada con temas cristianos y paganos. Lleva cetro, espada y manto.

Algún lector se encontrará ahora con más problemas que al principio. Afortunadamente, el profesor Portela de la Complutense y su equipo de investigación han recibido un encargo del Patrimonio y de seguro nos darán una visión exhaustiva de todos ellos y de otros que no hemos tratado.

<sup>20</sup> SAGRERA, L., en «Carlos III visto desde Nápoles», *ABC*, 6-6-88, pág. 30, dice que el agradecimiento a quien fue su buen rey cristaliza allí plásticamente en las dos estatuas que lo representan, una joven y empelucado, como fundador de la dinastía, en la fachada del Palazzo Reale, al lado de Alfonso V de Aragón y de Carlos V, de Murat y del primer Saboya de la Italia unificada; la otra, a caballo y calvo, vestido como emperador romano, esculpida por Cánova.